

CAPITULO XXXVII.

¡Solo contra cuatro mil!

EFFECTIVAMENTE, Adrián había pasado con su guerrilla la noche anterior, á una legua de Santa Ana; había mandado sus emisarios á la Botica con la carta para Refugio, evitando entrar al pueblo porque así lo exigía el sigilo de las operaciones. Iba á la cabeza de veinte hombres bien montados y armados, siendo siempre su segundo Tomás Ramírez, que era tan obediente subalterno como fiel amigo de Adrián.

El Sur de Jalisco, no obstante las tres grandes derrotas que habían sufrido los liberales en aquel rumbo, se encontraba como siempre, atestado de fuerzas que obedecían entonces como jefe al gobernador del Estado Licenciado Pedro Ogazón, que como Degollado, no era militar, pero que tenía sin embargo algunas buenas dotes, y entre ellas la de hacerse querer y respetar hasta de los bandidos de la peor especie.

Hacia apenas dos meses que había enviado una fuerte reprimenda al coronel Antonio Rojas, afeando las fechorías que estaban cometiendo sus hombres en Tepic, y las enérgicas comunicaciones que trataron de ese asunto verdaderamente enojoso, fueron publicadas en los periódicos de los liberales. Esto hacía suponer que Rojas, acostumbrado á la vida independiente y de pillaje, no volvería más á ponerse á las órdenes de Ogazón.

Sin embargo, apenas fué llamado por considerarse necesarios sus servicios contra la campaña que se preveía iba á abrir Miramón, se apresuró á marchar, obedeciendo sin chistar el mandato, y antes bien, llegando muy sumiso y casi avergonzado de haber incurrido en el desagrado de su jefe.

Cuando estuvo en presencia del general Ogazón, éste le dijo con la seriedad que le era característica:

—Señor coronel Rojas: he tenido muchas quejas de su sección.

La fuerza que mandaba este jefe no se llamaba ya guerrilla, porque llegaba casi á mil hombres, ni tampoco brigada porque era hacerle mucho honor, y se le distinguía con el nombre de «Sección Rojas.»

—Señor general Ogazón, es posible que mis muchachos no se hayan portado como la gente, contestó Rojas con el descaro que le era peculiar.

—Yo quiero que nuestra causa no sufra desprestigio.

—Nuestra causa nada tiene que ver con los desórdenes que comete una tropa que no pertenece al ejército. Unas son las bellaquerías de los muchachos que no pueden contenerse, y otra es la Constitución que está por encima de todas esas pequeñeces.

Ogazón, con ser tan serio, estuvo á punto de reírse, y replicó:

—Ya mandé á usted una nota, señor coronel Rojas, previniéndole que establezca mejor disciplina en sus soldados.

—La recibí, señor licenciado, contestó Rojas como equivocándose, y le contesté á usted que ya se mandaba poner en conocimiento de la tropa. Esa noche se me desertaron sesenta hombres.

—Mejor que se hayan ido si eran insubordinados.

—Pero eran los más valientes, y me han hecho mucha falta.

—Bien, ¿y qué fuerza es que roben, que maten y que violen mujeres?

—Señor gobernador, la revolución no se hace con ángeles.

—Es mejor no hacerla si se ha de hacer con pillos. ¿No ve usted cómo nos llaman los conservadores en su prensa?

—¿Cómo?

—Latro-liberales, hacheros, salteadores y bandidos.

—¿Pues acaso no hacen ellos peores cosas que nosotros? ¿No se han robado las conductas, no se han sacado la plata de las iglesias, no han matado á toda clase de prisioneros, hasta médicos, niños y practicantes de medicina? Yo lo único que hago es dejar manos libres á los muchachos cuando entramos en pueblos hostiles.

—No es mi objeto discutir, sino ordenar, concluyó diciendo Ogazón. Ordeno á usted que establezca la mejor disciplina en su sección, principalmente mientras se encuentre al lado de las tropas de Jalisco, porque de otra

manera, me veré precisado á castigar ejemplarmente á cuantos tengan una conducta relajada.

Rojas se inclinó, sonriéndose, como queriendo decir:

—Falta que yo te deje hacer tus ejemplares.

—Ahora refiérame usted algunos pormenores de lo que ha sucedido en Tepic.

—Pues nada, que fui allá como se me ordenó y logré darles soberanas tundas á los lozadeños y á los de Rivas, que son peores que todos los nuestros, porque esos sí roban y matan que es un primor. Otra de esas zurras la llevó Calatuyud, general mocho hasta los tacos, luego vino Coronado y entramos á la ciudad á sangre y fuego. En menos de dos meses tres grandes victorias. Por eso aumentó mi sección á mil hombres, y cuento ahora con los mejores caballos y las mejores armas.

—¿Y cómo hizo usted para separarse de Coronado?

—La verdad es que me costó mucho trabajo venirme, porque no quería que me separara de Tepic; pero en primer lugar, á mi no me gusta encerrarme en las poblaciones, luego él no daba ningunas trazas de emprender operación alguna, y por último, recibí las órdenes de usted y le manifesté que eran á las que debía obediencia. Aquí no hacemos nada, le dije, y allá si tenemos que verles la cara pronto á Márquez ó á Miramón.

—Márquez ha sido separado del ejército de la reacción.

—Sí, ya sé que lo mandaron preso á México.

—Ahora el que va á venir á atacarnos muy pronto es Miramón.

—Pues lo siento, porque á ese no le ha llegado aún su turno de que lo derrotemos.

—Pero le ha de llegar.

—No creo que será ahora, mi señor general Ogazón.

—¿Por qué?

—Porque siempre que viene trae el doble de tropa que la nuestra y muchos mejores elementos de guerra.

—Así es; pero con todo y eso nunca ha podido causarnos una derrota definitiva, y menos nos la causará ahora que no hay uno solo de nuestros hombres que no tenga fé en la causa que defendemos.

—Lo cual quiere decir que nos dispersará, pero no nos vencerá. ¿Y en dónde le presentaremos acción si es que viene?

—Como no podemos presentarle batalla campal, tal vez tengamos que retirarnos más al Sur, donde encontraremos las ventajas del terreno. Es un punto que no está resuelto todavía.

—Si se resuelve la batalla campal, mis muchachos darán una buena carga.

—No tenemos artillería para combatir con la de Miramón, y además hay entre los infantes muchos reclutas, apenas buenos para defender posiciones. En fin, ya veremos lo que puede hacerse, según lo que nos comuniquen nuestros exploradores. Entre tanto, vaya usted á descansar á su alojamiento, sin dejar de recomendar la buena conducta á sus muchachos.

—Este don Pedrito, se salió diciendo Rojas entre dientes, está creyendo seguramente que andamos haciendo la guerra con monges ó con escolantes.

El general Miramón, entre tanto, no perdía su tiempo en Guadalajara. Fuera de los cuatro mil hombres que componían la guarnición, todos fogueados, todos prácticos en la guerra, había hecho que se reconcentraran otros tantos, dejando desguarnecidas temporalmente muchas

poblaciones del interior, porque quería en esta vez destruir por completo el foco revolucionario del Sur de Jalisco, no sólo derrotando á las fuerzas que estaban allí reunidas, sino dejando fuertes destacamentos en los puntos conquistados á fin de evitar toda reunión ulterior.

Cuando llegó á Guadalajara el general Woll, que era uno de los jefes más distinguidos en el ejército tacubayista, le dijo Miramón:

—General Woll, á usted solo esperaba para dejarlo aquí, mientras yo voy á pacificar el Sur del Estado y Colima.

—Exmo. señor, le contestó Woll, estaba en la creencia de que á mí era á quien iba á encomendarme esa campaña, porque . . . en fin, todo el mundo dice que el señor Presidente no debe prodigarse en los combates ni sufrir tantas fatigas.

Miramón se sonrió por el principio de adulación fina que había en aquellas palabras, y porque no tenía fé más que en sí mismo, y contestó:

—Señor general Woll, usted se queda aquí con una misión más importante: cubrirme la retaguardia, defender esta plaza y gobernar este Estado que es la llave para la pacificación de toda la República.

—Señor Presidente, contestó Woll inclinándose, yo acato como debo las disposiciones de vuestra excelencia, y si me he permitido aventurar una idea, fué sólo en servicio del supremo gobierno.

—Yo le agradezco mucho, general, sus buenas intenciones; pero tengo mis planes para esa campaña que sólo va á ser para mí un juego de niños, una diversión, una especie de paseo en que se me quisiera poner por obstáculo una tropa de soldaditos de barro.

Woll volvió á inclinarse. Miramón continuó diciendo:

—Le dejo á usted una situación, si no bonancible, al menos bastante pasadera. Consigné ya para el pago de la conducta que se robó Márquez, el producto de las aduanas del Pacífico que voy á conquistar. Ya nos pertenece San Blas, una vez que fué derrotado y muerto Coronado en Tepic por las tropas de Lozada, y pronto, según mis noticias, serán nuestros otra vez Mazatlán y Acapulco. Aquí el clero no quería soltar los cordones de la bolsa, so pretexto de que ya se han vaciado sus arcas, pero ya arreglé que usted tenga fondos de esa procedencia en cualquier momento apurado. . . .

—Yo digo una cosa, señor Presidente, interrumpió casi Woll, si es el clero el que ha hecho esta revolución desde el plan de Tacubaya, si es público que él sostiene la guerra, si está interesado como nadie en la destrucción del liberalismo, ¿por qué hace tanto *refilión* cada vez que se le pide dinero?

—Son comedias, contestó el señor Presidente. Al clero le gusta sacar la castaña con la mano del gato. Con gusto vería que metiéramos á todos los sacerdotes á la cárcel para poder decir que había cedido á la violencia. Quiere la guerra, la provoca, la sostiene, la atiza, nos ha lanzado á ella á todos los hombres de acción que tenemos algún interés político que satisfacer ó algún rencor que vengar, daría la mitad de sus millones por tal de que se hiciera real el exterminio de los juaristas; pero como no tiene mucha fé en el éxito, teme las represalias: eso es todo: si tuviera seguridad en nuestro triunfo, y que después de nuestro triunfo fuera para él todo ó la mayor parte del poder, no procedería con esa cautela, con esa timidez,

con esa gazmoñería. . . . En suma, tiene mucho miedo á la reacción liberal.

—¿Pero no lo comprometen bastante los *Te Deum* y demás manifestaciones religiosas, todas esas protestas y pastorales que se han lanzado al público, y todos sus demás actos en que manifiesta el odio más vehemente contra los juaristas?

—Nuestro clero es así, amigo mío, y es necesario tomarlo ó dejarlo. Nosotros ya lo tomamos y vamos adelante. Hoy entrará usted en posesión de su importante cargo para que me ayude á expeditar mi marcha.

Woll empuñó las riendas del gobierno, impuso el préstamo respectivo, mandó coger de leva los hombres que se necesitaron para cubrir las bajas de los cuerpos, dispuso que se embargaran carros y acémilas, y antes de ocho días estuvieron todos los preparativos hechos para que el joven Macabeo pudiera ponerse en campaña.

Ogazón estaba muy al corriente de cuanto sucedía en Guadalajara, tanto porque mantenía buenas inteligencias con algunos liberales que estaban dentro de la plaza, como porque las guerrillas exploradoras que llegaban hasta muy cerca, destacaban á algunos hombres disfrazados de carboneros para que se procuraran noticias.

Algunas veces sucedió que estos guerrilleros disfrazados eran cogidos de leva, y tenían que militar contra su opinión en las filas tacubayistas, mientras llegaba la oportunidad de que pudieran escaparse.

Entre los jefes de guerrilla que pululaban en los contornos de Guadalajara atrapando correos, cogiendo caballos que pertenecían al enemigo y dando buenos sustos á las autoridades tacubayistas con los *albazos* que recibían, el que más se señalaba por sus atrevimientos era Adrián

Canales, que solía llegar hasta las garitas. Nunca se logró hacerlo caer en las emboscadas que se le ponían, porque cuando se le esperaba por un lado, aparecía en el opuesto á diez ó doce leguas de distancia, y á veces aparecía casi simultáneamente en dos puntos diferentes, como si tuviera el don de la ubicuidad. Estos movimientos y vigilancias ejercidos tenazmente sobre la plaza, le daban facilidad para estar comunicando á Ogazón quiénes entraban y quiénes salían, cuántos carros, cañones, hombres y caballos, poco más ó menos, iban á moverse y cuáles jefes formarían en la expedición: hasta que llegó un día en que le dijo: «Mañana salen unos seis mil hombres con cuarenta piezas, al mando de Miramón, con dirección á Zapotlán y Colima.»

En efecto, el día 8 de Diciembre, muy temprano, desfiló una lucida división, muy bien equipada, que fué á pernoctar al pueblo llamado San Agustín, á unas tres ó cuatro leguas al Sur de Guadalajara. Establecido allí el campamento, al oscurecer se encendieron las fogatas en una grande extensión, y á las diez de la noche, después que se había tocado silencio, comenzaron los tiroteos y las alarmas: era que las guerrillas de los liberales se acercaban para inquietar al enemigo. Como ya se sabía que no se podía temer ningún combate serio, bastaba con las contraguerrillas para despejar el terreno; pero sin embargo, la tropa no podía entregarse al sueño tranquilamente.

Al otro día continuó su marcha la división, las guerrillas habían tomado ya la delantera y se distinguían á lo lejos por el polvo que iban levantando en distintas direcciones.

Adrián Canales cumplió el ofrecimiento que había

hecho á Refugio: la mandó aviso de que iba á llegar para que lo esperara en la Botica. Entró con su guerrilla á la plaza, no estaba Refugio y tuvo que esperarla, á pesar de que las tropas enemigas estaban ya entrando á la población.

—Vete con los hombres á esperarme en la salida de la población, dijo á Tomás. Yo tengo que ver á Refugio, luego te alcanzo.

—Es que no podemos dejarte solo: el enemigo está encima.

—Precisamente: para no llamar la atención. Ya te sigo: pronto, pronto.

Ya se oían el tropel de caballos cerca y los toques de cornetas lejos.

Tomás obedeció, yéndose con la gente, y casi al mismo tiempo llegó Refugio acompañada de una sirvienta. Estaba desolada, llena de fatiga, pálida, llorosa.

—Vete, Adrián, no expongas tu vida: yo por poco no vengo, y es seguro que mi padre me sigue. . . . ya están allí los soldados. . . . ¡por Dios te lo pido! No estés más aquí.

—Ha de venir Pedro en esa fuerza, dijo Adrián tranquilamente teniendo siempre su caballo de la brida, te dejo encargado mi honor. . . . fío en tu firmeza.

—Nada tienes que temer, te lo juro; pero vete.

En ese momento desembocó la primera partida de hombres armados: eran los exploradores mandados por Pedro Ordóñez.

—Pues bien, ¡dios! exclamó Adrián abrazándola y brincando sobre el caballo, entra á la Botica y cierra la puerta para que no veas lo que va á pasar.

—¡Adrián, Adrián mío! . . . pudo apenas decir la

joven que fué arrastrada para el interior por el boticario.

Se habían oído ya los primeros tiros.

Como en esos momentos Pedro y los suyos partieron al galope para apoderarse de Adrián, éste ya no pudo echar á correr sin grave peligro de ser tocado por la multitud de balas que se le disparaban, y prefirió parapetarse tras una pilastra, haciendo fuego con su pistola. Tenía tres pistolas, la del cinto y dos de la silla: dieciocho tiros disponibles. Los primeros los aprovechó bien: dos hombres cayeron y los demás se detuvieron ó se replegaron. Toda la columna de cuatro mil hombres que venía en marcha, tuvo que detenerse.

Unos preguntaban:

—¿Son muchos?

Otros sólo decían:

—¡El enemigo! ¡el enemigo! y preparaban sus fusiles como para dar una descarga.

Los jefes mandaban á sus ayudantes para que se informaran de lo que pasaba.

Pedro gritaba en medio de la confusión general:

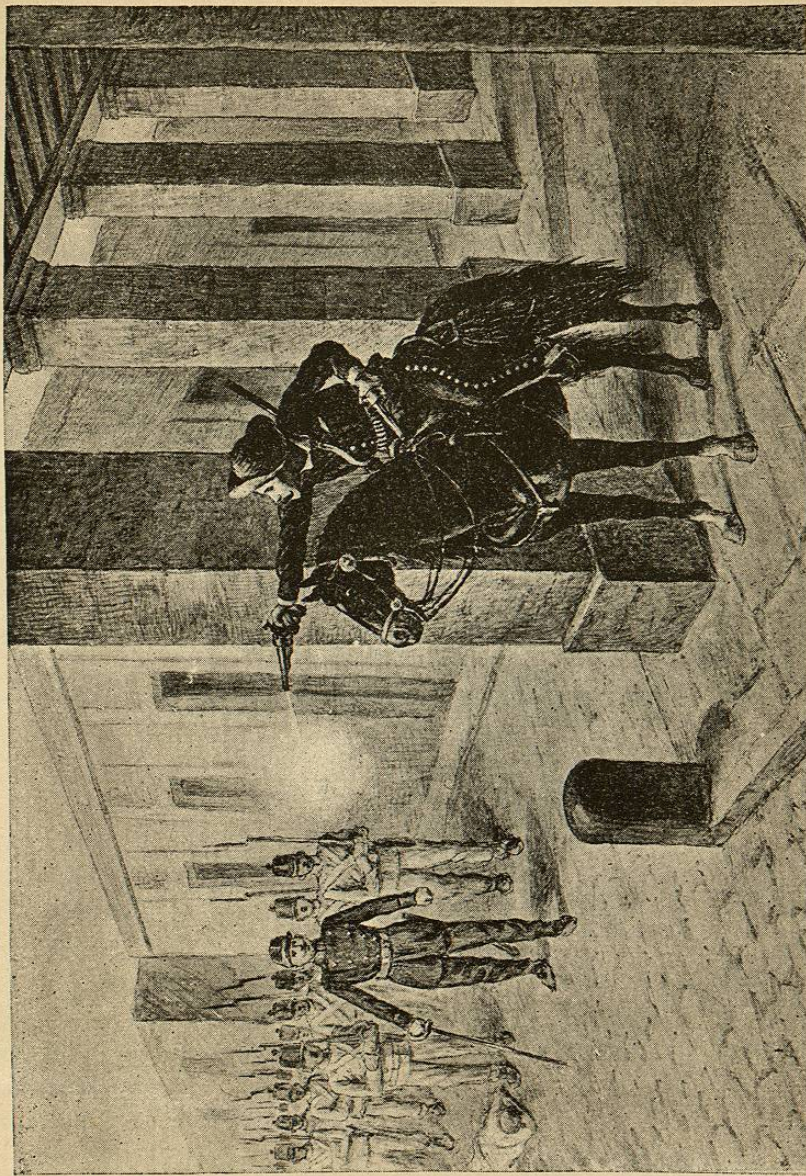
—Es uno solo, vamos á cogerlo. . . ¡avancen!

Pero en el momento en que se ponía al frente de sus hombres, cayó herido su caballo y gritó:

—¡Condenación! siempre ese hombre me ha de burlar.

Adrián se aprovechó de este momento de vacilaciones y de desorden para salir á escape de la población.

El solo se había defendido de cuatro mil hombres, ó por lo menos había logrado que cundiera entre ellos la alarma. Los otros dos mil formaban la extrema retaguardia.



Uno contra cinco mil.